

Recordar, compartir, aprender

## Valencia

Manuela Bolumar Clausich, 76 años

Maria Sanchis Marco, 24 años

### ¿OTROS TIEMPOS?

Jueves, 7:00 de la tarde

La joven llegó con prisas al centro para mayores, preguntándose qué diablos hacía allí y de qué le hablaría su recién asignada compañera Manuela. “Quizá fue militante política o una artista o simplemente una mujer con una vida difícil y una historia de amor apasionante, de esas que hacen llorar en las películas”. Manuela. Eso era lo único que sabía de ella: que se llamaba Manuela Bolumar Clausich y que tenía 76 años. Punto. Lo demás lo tendría que averiguar por sí misma y, lo más importante, necesitaba un testimonio impactante, diferente, interesante. “Le preguntaré sobre la guerra, la transición... Seguro que pasó muchas calamidades y me cuenta historias de maquis, estraperlos, muertos y bombas y... Mejor que me cuente ella.”

Manuela llevaba ya un rato mirando el reloj. Sólo faltaba una hora para que vinieran a recogerlos en la furgoneta del centro y los acercaran a sus casas. “En realidad vivo en la calle de atrás”, pensaba. Pero no podía ir sola. Sus piernas ya no le permiten esos lujos. Alzó la vista un momento y vio lo que sabía que vería, sin desilusión alguna. Más bien con aceptación. Y es que sabía que vería viejos, viejas y más viejos. Como ella, al fin y al cabo, cada uno con su edad, sus achaques y demencias. En el sofá a su derecha, la señora Carmen lloraba y llamaba continuamente a su madre. A su izquierda, en otro sofá rojo idéntico a todos los de la sala, Fermín entreabría los ojos después de horas cabeceando, luchando contra ese sueño que parece no acabársele. Delante, Irene, también de la quinta del 31, leyendo ese periódico que ya se sabe de memoria y despotricando contra Rita, las obras y no sé cuántos berenjenales más. Todo aquello sucedía mientras Manuela esperaba que fueran las ocho en aquella sala fría y silenciosa, llena de historias silenciadas.

—¡Manuela, tiene visita!

Apareció la enfermera con la joven a su lado, a la que Manuela no conocía.

—Yo no recuerdo haberme apuntado a ningún concurso, pero chica, no importa. Yo te cuento lo que tú quieras, mujer. Aunque tampoco creas que tengo mucho que contar.

“Vale”, pensó la joven. “Buen comienzo. Sí, señor.”

—¿Mi infancia? Nada del otro mundo. Éramos cuatro hermanos, María, Ramón, Manuel y yo. Ramón, pobre, era el mayor, pero murió en la guerra. ¡Con lo inteligente que era! Estudiaba para arquitecto, qué cosas. Yo es que nací en Segorbe, que en aquella época era mucho más pequeño. Porque ahora está enorme, aquello. Bueno, pues como Valencia, que cuando yo me vine, cuando me casé con mi marido y nos mudamos a la capital, pues eso, que esto también era más pequeño. Mira, sin ir más lejos, esta calle, cuando yo llegué a mi casa, porque vivo en Los Leones, la calle de atrás. Bueno, pues aquí había un campo de chufas, que yo cuando las vi pensé, qué cosa más rara, pero bien. Mi infancia bien.

La joven, mientras tanto, no sabía qué anotar en su libreta en blanco. Pensó que quizá sería mejor si simplemente se dejaba llevar, conversaba con aquella anciana agradable y se olvidaba de anotar anécdotas increíbles como las que hace nada imaginaba que iba a anotar.

—Cuando tenía cinco años comenzó la guerra y yo lo único que recuerdo es que a veces, por la cima del Pico Nabo que tanto me gustaba mirar, veíamos aparecer las avionetas, ¡ahí viene la “Pava”!, decían todos y el ruido era tremendo. Yo me tapaba los oídos y entonces nos hacían correr al refugio, donde pasábamos las horas haciendo cualquier cosa menos salir al aire libre, nunca mejor dicho. De la guerra no sé qué más contarte. ¿Hambre? No, porque mi familia era de bien y nunca nos faltó de nada. Mujer, tampoco podías comer lo que se te antojaba, pero hambre, lo que se dice hambre, nunca. A mí lo que más me gustaba era ponerme mi vestido de los domingos y mis zapatos blancos de tacón e irme a misa de diez. Todos bien mudados y perfumados. Es uno de mis mejores recuerdos.

Luego ya me casé y me vine a Valencia con mi marido, Miguel, que los sábados me llevaba al cine Triunfo y los domingos a pasear por los Viveros y nos arreglábamos, porque a los Viveros había que ir de punto en blanco. Claro, después de toda la semana en casa, con mis cuatro hijos y mi suegra, luego hubo una época que también tenía a mis padres en casa. Imagínate las ganas que tenía de que llegara el domingo para salir a pasear y tomar un poco el fresco.

Recordar, compartir, aprender

–Cuénteme más sobre su marido. ¿Cómo lo conoció?

–Pues hija, nos conocemos de toda la vida. Él era del barrio, de Segorbe y desde siempre que nos entendíamos muy bien. ¿Sabes? (Le da un codazo amistoso) De joven se parecía mucho a Errol Flynn, uno que salía en las películas de espadachines. Bueno, tendrías que haberlo visto, aunque eso sí, mi marido más guapo, sí señor.

–Y, ¿qué me dice del sueño de su vida? ¿Qué le haría ilusión, Manuela?

–¿El sueño de mi vida? Pues chica, yo lo único que quiero es estar con mi marido en casa, que es lo que he hecho siempre, pero resulta que ahora, con lo de mis piernas, no puedo andar y tengo que estar aquí y no es que esté mal, porque me distraigo y hacemos manualidades y pintamos, pero puestos a pedir... Algo se podrá hacer.

La chica se despidió de Manuela y sus amigas del centro hasta la semana siguiente y se dirigió hacia la puerta un poco decepcionada. No tenía la historia fascinante que había venido buscando. No había nada que contar. El de Manuela no era un saber privilegiado sino un saber eminentemente popular, pero quizá, pensó la joven, la mejor forma de reflejar la verdad no sea a través de grandes discursos metafísicos, sino de un modo mucho más directo, a través de imágenes sencillas y anécdotas cargadas de emotividad.

Jueves, 7:50 de la tarde

Manuela se quedó en su sofá rojo y miró su reloj. Ya sólo quedaban diez minutos para volver a casa, con su Miguel. La anciana era sensible al paso del tiempo y sentía nostalgia por esos momentos en su casa junto a su marido y por el tiempo perdido e irreversible. Lo que ella pedía era volver al pasado, a aquellos maravillosos años, a su casa de siempre, con la persona que le ha acompañado siempre, con la vida de siempre. Deseaba la resurrección en la eternidad de todos esos instantes perdidos y soñaba con que su vida continuara siendo como había sido hasta aquel maldito día en que la llevaron al centro de día.

La joven volvía hacia su casa sin salir de su asombro. Le costaba entender que alguien deseara algo tan sencillo. Con la de placeres que hay en el mundo por disfrutar, con la de lugares emocionantes por visitar... Pensó: “Quizá un matrimonio de cuarenta y siete años sea algo emocionante. Quizá Manuela está simplemente siendo realista. Quizá ame la realidad y no desee desligarse de ella, sino vivir encadenada a ella con placer. Quizá una persona sea feliz en la medida en que acepte su realidad tal y como es. Cuanto más deseos tengamos, más frustraciones conseguiremos. La felicidad consiste en no desear nada. Al menos, nada que no sea lo que ya tienes.”

Quizá la mejor manera de comprender la historia sea conociendo a las personas que la vivieron y descubrir que sus historias son idénticas a las de muchos de nosotros. La historia, aunque con diferentes matices, siempre se repite.